



Memoria

David Lagercrantz

Un caso para Rekke y Vargas



DESTINO

Memoria

Un caso para
Rekke y Vargas

David
Lagercrantz

Traducción de Martin Lexell
y Mónica Corral

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1660

Título original: *Memoria*

Memoria © David Lagercrantz, publicado por Norstedts, Suecia, 2023
Publicado de acuerdo con Norstedts Agency and Casanovas & Lynch
Literary Agency
© por la traducción del sueco, Martín Lexell y Mónica Corral Frías, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2024
ISBN: 978-84-233-6577-7
Depósito legal: B. 10.885-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO I

En aquel entonces Hans Rekke solo tenía doce años.

La nieve caía copiosamente y en la espaciosa casa que poseían en Viena alguien llamó a la puerta. Entró el doctor Brandt, el profesor de matemáticas, provisto de un gorro de piel demasiado grande, y a su lado iba un chico de la edad de Rekke con pelo rizado y unos vivaces ojos oscuros. El doctor Brandt lo presentó como Gabor, y Hans le tendió la mano.

La mano se quedó suspendida en el aire.

El chico se limitó a pasar por delante de Rekke con ligereza y elegancia, cual ágil felino. Había algo inquietante en él, y Hans no entendía lo que estaba sucediendo. La mirada del chico lucía verde y todos sus movimientos desprendían un aire de vigilancia, un estado de alerta. El profesor les pidió que se sentaran en la mesa grande junto a la librería en la que reposaba el busto de Beethoven, y no fue hasta ese momento cuando las cosas empezaron a aclararse un poco.

Al parecer, el chico poseía dotes de algún tipo y la idea era que los dos compitieran, midiéndose entre ellos. El doctor Brandt repartió unos ejercicios —sobre la demostración que realizó Cantor de los infinitos en la matemática— y en ese mismo momento una tensión intensa emergió. El chico, Gabor, temblaba de entusiasmo y se puso manos a la obra en seguida. Hans, por su parte, permaneció quieto, como paralizado, con la mirada clavada en las líneas que los músculos dibujaban en los hombros del chico.

—¿Por qué no escribes? —preguntó el doctor Brandt.

—Ahora voy —dijo.

Pero estaba atrapado en sus pensamientos, absorbido por un misterio que le atraía más que las matemáticas. Fascinado, observaba al chico realizar sus cálculos, rápido como un rayo, casi de forma virtuosa, mientras pensaba: voy a dejarle ganar. ¿Qué más da? Aun así, había algo en su interior que lo animaba a contraatacar, y poco a poco se metió en la tarea. Después le pareció que no lo había hecho del todo mal, quizá no había sido una ejecución brillante, pero sí decente. Sin embargo, cuando alzó la vista, los ojos de Gabor resplandecían triunfantes.

—Estoy impresionado, chavales. ¿Qué os parece si nos tomamos un descanso de unos veinte minutos para que os conozcáis? —propuso el doctor Brandt, visiblemente contento, y entonces Hans y Gabor se abrigaron y salieron al jardín con pasos que crujían sobre el suelo congelado.

La nieve caía en copos grandes, hacía mucho frío. De repente, Hans percibió un débil pitido, un tono de sol 6, que se oía cada tres o cuatro respiraciones. Se trataba de una especie de vulnerabilidad que contrastaba con el explosivo carisma del chico.

—¿Qué deporte haces? —preguntó.

Gabor pareció reflexionar.

—Autodefensa.

Eso era demasiado vago para Hans.

—¿En qué sentido? —quiso saber.

—Puedo enseñártelo.

El cuerpo de Gabor se tensó, y el débil pitido de su respiración bajó medio tono, cosa que distrajo a Hans. Aquello formaba parte de su maldición durante aquellos años: frente a una variación en la sonoridad no podía dejar de analizar compulsivamente los tonos del entorno. Por eso no estaba preparado cuando Gabor lo agarró.

Era como si hubiese quedado atrapado en un lazo. Su cuerpo giró con una tremenda fuerza antes de acabar en el suelo, y durante unos segundos no vio nada. Luego intuyó los ojos de Gabor allí arriba, que ahora parecían contentos, satisfechos, como los de un depredador que ha conseguido lo que perseguía.

Después desapareció, y Rekke permaneció tumbado en el suelo con un intenso dolor en el cogote, y no fue hasta el tercer o cuarto intento que logró ponerse de pie y entrar tambaleante en la casa. Tenía el pelo mojado y pringoso, y permaneció un buen rato delante de la bañera en la planta baja tra-

tando de detener la hemorragia. Cuando volvió a la biblioteca habían pasado quince o veinte minutos.

El doctor Brandt seguía junto a la mesa lamentando con gestos ampulosos y una mirada de profunda decepción que Gabor se hubiera marchado a casa. Por eso no advirtió que Rekke estaba lastimado y pálido, algo que, por cierto, tampoco notó la madre de Rekke. Ella pasó toda la tarde ocupada buscando unas joyas que, de pronto, habían desaparecido.

CAPÍTULO 2

La agente de policía Micaela Vargas, de Husby, se había mudado a la casa del profesor Hans Rekke en Grevgatan, en uno de los barrios más elegantes de Estocolmo, algo que había provocado un revuelo considerable a su alrededor dando pie, además, a cotilleos generalizados. Pero ahora quería marcharse de allí.

Micaela se desesperaba con Rekke, que estaba deprimido y apenas salía de su dormitorio. En cuanto se serenara un poco, iría a recoger sus cosas. Pero antes quería cerrar el caso que habían empezado a investigar. Se trataba de una mujer a la que habían declarado fallecida, pero que aun así parecía que salía en una fotografía recién sacada por un turista durante unas vacaciones en Venecia, y aunque Micaela en realidad no acababa de creérselo, había algo en la historia que despertaba su curiosidad.

Por eso se había acercado a la jefatura de policía, en Bergsgatan, para ver al inspector Kaj Lindroos, que había investigado la muerte de la mujer hacía casi catorce años. Pero Kaj Lindroos tardaba

en aparecer, cosa que no le sorprendía, pues por teléfono había sonado malhumorado y reacio a recibirla. Mientras esperaba en la recepción, aburrida, Micaela miraba a la calle, por donde pasaba un camión con estudiantes que pegaban gritos celebrando la graduación del instituto ataviados con las tradicionales gorras blancas. Era el 5 de junio de 2004, un radiante día de principios de verano, y a punto estaba de marcharse cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¿La compañera que hace de detective privado, supongo?

Micaela se dio la vuelta y le tendió la mano. El inspector era más joven de lo que se había imaginado, sin duda menos de cincuenta, con grandes ojos marrones y pelo rubio peinado hacia atrás, pero también lucía un aspecto más descuidado de lo que esperaba. El hombre la miró como si fueran las tres menos cinco de la madrugada. Micaela se cerró la cazadora vaquera.

—Te agradezco que me atiendas —dijo ella.

—Claire Lidman está muerta —soltó Kaj Lindroos.

—Probablemente. Pero creo que esto, aun así, podría resultar de cierto interés —replicó ella mientras se palpaba el bolsillo interior—. Prometo no alargarme demasiado.

El inspector Lindroos continuaba recorriendo el cuerpo de Micaela con la mirada.

—Puedes alargarte todo lo que quieras. Pero no me lo creo.

Micaela deseaba tener algo que meterle a ese tío por la garganta.

—Quizá deberías echar un vistazo a la foto antes de decidirte —sugirió y lo acompañó al ascensor.

Kaj Lindroos, evidentemente, miraría la foto, y era ridículo, claro, que le molestara que la chica fuera tan joven, y para colmo inmigrante. Por otra parte, controlar sus prejuicios no le resultaba tan fácil, sobre todo si se trataba de la investigación de Lidman. Era la gran espina clavada de su carrera; no había duda de que había algo raro en la historia. Hacía catorce años, una mujer muy guapa y muy preparada, que había negociado con los peces más gordos del mundo empresarial sueco, se esfumó sin dejar rastro solo para aparecer unos meses más tarde muerta y quemada hasta el punto de resultar irreconocible tras un accidente de tráfico con un camión cisterna en España. Claro que le había dado mil vueltas a aquello. Aunque, joder, en serio..., eso ya era historia, y ahora era viernes por la tarde. Debía asegurarse de llegar pronto a casa, entonarse con unos copazos y quizá tirarle los tejos a esta chica también. Al menos podía merecer la pena intentarlo.

—Así que te dedicas a la delincuencia juvenil —comentó.

—Trato de hacer otras cosas también en mi tiempo libre.

—¿Y eso sienta bien en la comisaría?

—Mucho.

—Ya me imagino. Me gusta tu cazadora vaquera —dijo, pero se refería más bien a los pechos, y volvió a escanearla de arriba abajo.

Las piernas podrían haber sido más largas, y no le vendría mal sonreír de vez en cuando. Pero tampoco había mayores motivos para quejarse.

Entraron en su despacho y se apresuró a recoger un poco la mesa. Al otro lado de la ventana abierta, los estudiantes pegaban gritos de júbilo subidos a las cajas de los camiones que circulaban por el centro. Tuvo ganas de soltar algún comentario despectivo sobre ellos, pero desistió, no quería dar la impresión de ser un carca.

—Menuda fiesta —dijo—. Casi dan ganas de unirse.

—Casi —contestó ella.

—¿También gritaste tanto el día de tu graduación?

—Todo lo que pude.

—No hace mucho de eso, ¿verdad? —continuó Lindroos, pero se arrepintió de inmediato.

Le había salido el mismo tono irritado de antes, la misma manera inconsciente de dejar claro que ella era demasiado joven y que le faltaba la experiencia necesaria para presentar extrañas teorías sobre la resurrección de Claire del reino de los muertos. Pero no podía remediarlo.

—¿Quieres decir algo con eso o...? —dijo ella.

—No, no —respondió él—. Pero en mi época

esas gorras blancas se consideraban reaccionarias. Y ahora de repente todo el mundo se las pone.

—Ah, ¿sí? —dijo ella con evidente desinterés.

—Al parecer, ya no se lleva ser rebelde.

—¿Tú crees?

—¿Te gusta Ulf Lundell?

—¿Quién?

Estas malditas tías del extrarradio no saben nada de la cultura sueca, pensó él.

—Venga, ¿qué te parece si nos ponemos ya con lo nuestro? —continuó con una voz que era incapaz de abandonar por completo la irritación, y entonces ella asintió con la cabeza, metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó una pequeña funda de plástico en la que había una fotografía.

Durante un instante él sintió miedo. No era capaz de entender por qué. Pero no podía ser, se dijo a sí mismo para tranquilizarse, era imposible. Había un certificado de defunción, y unas pruebas de ADN, y había visto el cuerpo con sus propios ojos. Definitivamente, Claire Lidman no podía estar paseándose de nuevo por las calles envuelta en sus elegantes abrigos rojos.